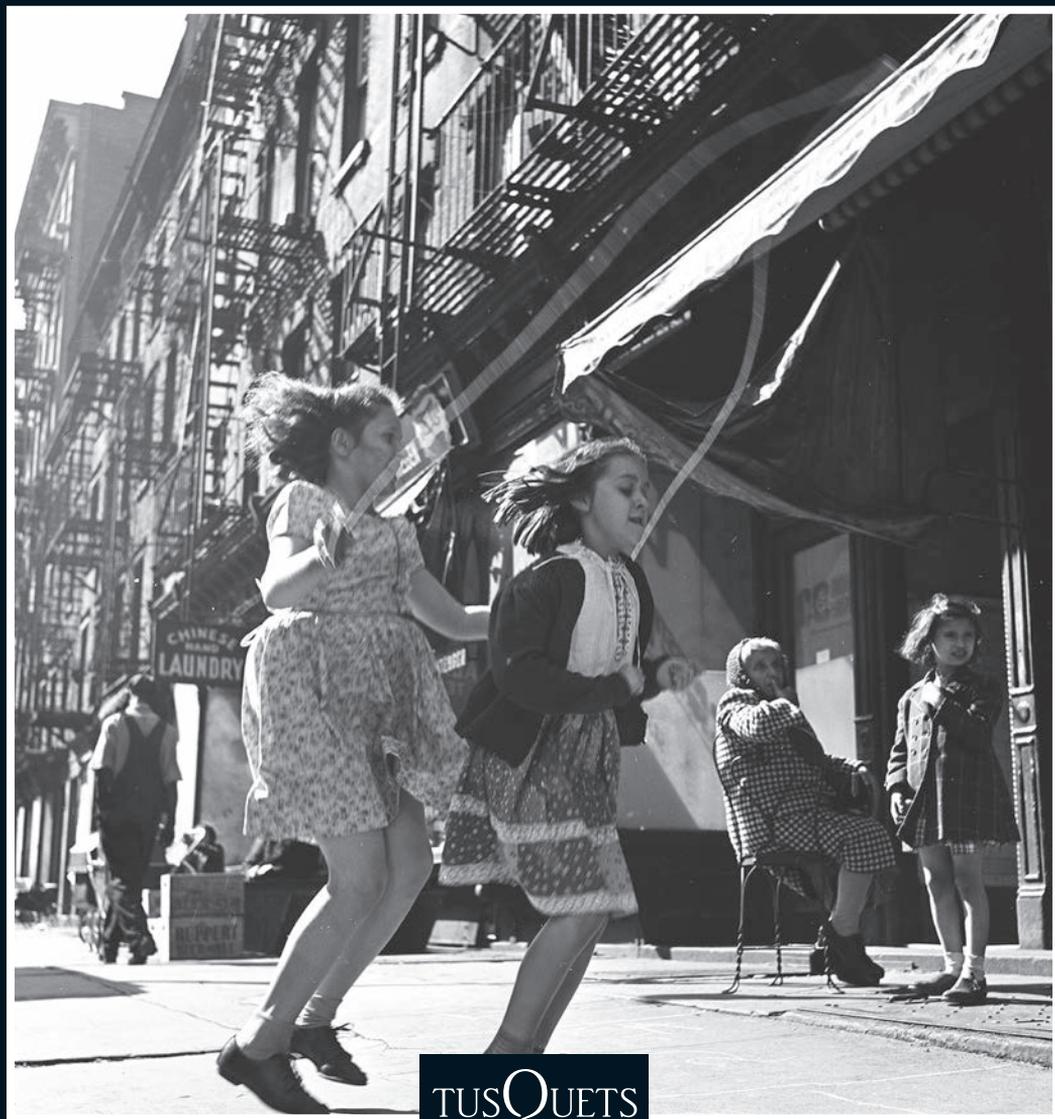


Alice McDermott

EN BODAS Y ENTIERROS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

ALICE McDERMOTT
EN BODAS Y ENTIERROS

Traducción de Antonio Prometeo Moya

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *At Weddings and Wakes*

1.ª edición: enero de 2002

1.ª edición en esta nueva presentación: enero de 2020

© Alice McDermott, 1992

© de la traducción: Antonio Prometeo Moya, 2002, 2020

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-9066-773-6

Depósito legal: B. 25.795-2019

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: Black Print

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Dos veces a la semana durante todo el verano, salvo la última semana de julio y la primera de agosto, la madre cerraba la puerta principal, la puerta blanca de ocho paneles que hacía de telón de fondo de las fotografías que tomaban siempre por Semana Santa, cuando alguien hacía la primera comunión o la confirmación o a final de curso, y que pasaban a engrosar el álbum familiar, y, con la frágil mosquitera apoyada en el hombro, daba la vuelta a la llave en la cerradura negra, agarraba la curva manija de hierro forjado semejante a un sarmiento negro con la forma de un signo de interrogación y, con un ademán rápido y firme que parecía imitar a un ladrón impaciente, tiraba de la puerta hasta que, satisfecha del todo, se daba la vuelta, apartaba el hombro de la mosquitera como si se desprendiera de una capa, y decía: «Andando».

Al pie de la escalera, los tres niños echaban a andar delante de ella (la mosquitera, a sus espaldas, se cerra-

ba con tres gemidos que parecían tres precipitadas y quejumbrosas espiraciones), las dos chicas con indumentaria estival y sandalias blancas, el muchacho con pantalón largo de color caqui y una camisa blanca de tejido fino y manga corta. La madre llevaba un vestido entallado de algodón y guantes blancos, y calzaba zapatos de tacón alto que resonaban en el cemento del camino de entrada y de la acera mientras anunciaba, en medio del césped húmedo de la mañana, que los Dailey (Lucy y sus tres hijos) se iban otra vez a la ciudad.

A aquella hora, en el barrio todavía no hacía calor, reinaba la tranquilidad y se oía el piar de los pájaros, y los niños pasaban por los tres puntos de referencia con que habían señalado el recorrido de las diez sombrías manzanas que había hasta la parada del autobús. El primero era el descuidado seto de la propiedad de los Lynch, que hacía esquina, y en cuya cochambrosa casa de cuatro cuerpos yuxtapuestos a la buena de Dios vivían diez niños, tres abuelos, el padre, la madre y un tío soltero que sin duda era responsable de los pardos cascotes de botella que alfombraban el borde del camino de entrada. El segundo era un sendero que cruzaba una limpia extensión de césped verde y que estaba formado por lajas de pizarra del mismo color uniforme, o bien lavanda o gris, o amarillo claro, que las galletas de barquillo Necco. El tercero era una verja de acero de dos metros y medio que protegía el

pavimentado patio de la escuela a la que habían asistido hasta el mes de junio y a la que regresarían en septiembre, aunque al pasar por delante se les antojó un edificio desamparado y vencido, un edificio que el viento podía barrer; un edificio susceptible de llenarse de pataleos y penetrantes timbrazos, de albergarlos en sus entrañas durante seis horas diarias, pero solo en el más extravagante, en el más terrible, en el más inimaginable (e inimaginado, ciertamente, por los tres al pasar por delante) de los sueños.

La señal blanca y alta de la parada del autobús, con su curioso poste plano y agujereado, los atrajo como si de un imán se tratara. La tocaron, removieron los guijarros de la base. Brincaron para golpearla con la palma. Y sujetándose al poste con una mano, se inclinaban hacia el asfalto de la calzada en busca del primer reflejo del sol en la frente blanca y el ancho parabrisas negro del autobús que los llevaría a la avenida.

La madre fumaba un cigarrillo en la acera, detrás de ellos, tal como solía hacer aquellas mañanas, con el bolso colgado del brazo, estrujando con la mano libre los guantes blancos que se pondría en cuanto apareciese el autobús. A las nueve y cuarto, el sol ya dejaba sentir su calor, expandiéndose por la planta de las medias y por debajo del cinturón de cartón forrado de tela. Ella se sujetaba entonces la hebilla de metal plateado y encogía el estómago para abrir un vacío

temporal entre la tela y la carne. Al otro lado de la calle, una tienda de comidas preparadas, un bar y un podólogo compartían un edificio bajo de ladrillo que se alzaba a la sombra de los árboles. Detrás despuntaba un campanario —el campanario gris de la iglesia presbiteriana— que ascendía hacia el cielo azul y despejado. Mientras daban vueltas agarrándose al poste de la parada, los niños no alcanzaban a imaginar, como tampoco habían alcanzado a imaginarlo a propósito del edificio donde estaba la escuela, que su madre pudiera tener una existencia distinta de la vida silenciosa y previsible que ella misma les presentaba las mañanas como aquella, aunque en el momento de dejar caer el cigarrillo a un costado y pisar la colilla al dar el primer paso hacia ellos (era una forma femenina, sutil, indirecta, de dar por terminado el acto de fumar) la madre no ignorara la atónita desesperanza con que se movía. Ni ignorara el tiempo que se escurría de la escena como por un agujero diminuto.

En un instante de terror, la hija menor cogió la mano de su madre cuando el autobús viró a toda velocidad hacia la acera.

Incluso el aire racheado y polvoriento que se colaba por las ventanillas entreabiertas parecía haber perdido la frescura de la mañana; apenas eran unas hilachas, unas bolsas y unos retales de frescor, como si el futuro caldeamiento vespertino ya empezara a dejarse sentir.

Los niños entornaban los ojos y se apartaban el pelo de la cara. Mientras contemplaban el desfile de las casas que se quedaban atrás, pensaban felices que la suya no era de las que, al reanudar la marcha tras cada parada, recibían el chorro de humo gris que brotaba del tubo de escape, y cuando pasaron ante el camposanto, experimentaron sin saberlo la misma y eterna desazón de las personas cuya lápida quedaba tan cerca del asfalto, que veían (pues imaginaban que los ojos de los muertos se encontraban a ras del suelo, y que la hierba los cubría hasta las narices, igual que una manta) a los vivos que pasaban por entre los barrotes negros de la verja de hierro y por entre los desechos que se habían colado dentro —envoltorios de helado, latas de refrescos, colillas, calcetines amarillos de hacer deporte—, que los numerosos estíos habían acumulado al pie de la verja.

Donde terminaba el cementerio comenzaba el taller del marmolista, un patio lleno de lápidas rotas y sin nombre que parodiaban el orden de las tumbas de verdad y cuyo caos parecía reproducir la lista de pedidos, el ritmo febril de la demanda. (Aunque no recordaban cuántas veces habían pasado por allí, el chiste paterno no variaba: «La gente se muere por entrar ahí».) A continuación, en la entrada del taller, un enorme escaparate —que parecía el salón de muestras de un concesionario de coches— donde podían verse, protegidos por el vidrio, grandes monumentos mar-

móreos, panteones barrocos, y el deslizante reflejo del autobús y sus caras blancas enmarcadas por tres ventanillas.

Dejaron atrás otra iglesia, una sinagoga y el último patio cochambroso, un corral donde unos polluelos picoteaban en medio de la suciedad y bajo el sol que se filtraba entre las ramas, y donde lo que según ellos era un aparato de fabricar vino (aunque no habrían sabido decir cómo habían llegado a tal conclusión) descollaba entre las vides y las sombras, en medio de las cuales vislumbraron a un italiano desdentado que se llamaba (tampoco habrían sabido decir cómo lo sabían) señor Hootchie-Koo, que avanzaba arrastrando los pies calzados con pantuflas y llevaba unos pantalones muy anchos.

Los grandes árboles de la periferia desaparecieron. Pasaron ante otra iglesia y a ambos lados de la calzada comenzaron a surgir grandes aparcamientos a pleno sol, almacenes vistos por detrás, circulación rodada. La madre alargó la mano para tirar del cordón que accionaba el timbre, y se quedó en el pasillo mientras los niños desfilaban hacia la puerta delantera, moviendo los brazos hacia delante y hacia atrás como marineros experimentados, por entre los bordes plateados de los asientos. Lo primero que veían al poner el pie en tierra era siempre una angosta lavandería donde una invariable pareja de chinos levantaba los ojos para mirar por la puerta de cristal desde detrás de un mon-

tón de ropa blanca y azul celeste que no parecía cambiar nunca.

Mientras estaban en la esquina, el autobús del que acababan de bajarse se volvía de repente más grande, más ruidoso y mucho más peligroso, y pasaba por delante de sus narices vomitándoles calor en el fino calzado.

Cruzaron la calle al cambiar la luz del semáforo. La acera era allí más ancha, dos veces más ancha que donde vivían, y comenzaron a percibir un soplo, un barrunto intuitivo del lugar adonde se dirigían, del mismo modo que, según se dice, ciertos marineros, a cientos de kilómetros de distancia, perciben el olor de la tierra. Vieron un bar —que para ellos era un establecimiento donde se servían bebidas alcohólicas— con la fachada pintada de blanco y una única y misteriosa ventana, una abertura redonda que parecía la boca de una cueva y que les echó encima un chorro de aliento picante y sembrado de chispas oscuras, quintaesencia de la noche, la luz estelar y el whisky. Pasaron dos negros. En una tienda estrecha y en penumbra que olía exóticamente a chicle y a periódicos recientes se les permitió elegir de los estantes un tebeo por cabeza, que la madre cogió con la mano enguantada, puso, junto con el *Daily News* y un paquete de caramelos Life Savers, en el estrecho mostrador que había al lado de la caja registradora y abonó el importe total con un solo billete.

Ya en la calle, repartió los tebeos y depositó un caramelo encima de cada lengua, con objeto de preparar energéticamente a los niños, eso parecía al menos, para la segunda fase del trayecto. Los condujo hasta el sombreado acceso a una tienda de ropa, otra caverna en forma de pasillo flanqueado por dos escaparates paralelos que exponían, según todos los indicios, una muestra de todos los artículos que estaban a la venta, y que en su mayor parte llevaban puestos los pálidos maniqués de pelo pintado y dedos agrietados, o bien los fragmentos de maniquí: cabeza, pecho, pie. La tienda estaba cerrada a aquella hora y en los pasillos interiores había montones de cajas de cartón gris que se hundían unas en otras y de las que sobresalían calcetines azul marino o ropa interior blanca, como si esos artículos se hubieran multiplicado durante la noche.

Llegó el autobús como si hubiera brotado de la tienda contigua, los niños corrieron por la ancha acera para salir a su encuentro y la madre se detuvo un segundo tras ellos para aplastar otro cigarrillo. Entregó al conductor los cuatro abonos mientras los niños avanzaban por el pasillo. Allí no había tantos asientos vacíos como en el primer autobús y tuvieron que apretujarse los tres en uno solo, mientras la madre se quedaba de pie en el pasillo bloqueándoles con el vestido, con el muslo macizo y el vientre bajo el algodón blanquiazul, para protegerlos, sin que ellos fueran conscientes,

de los borrachos, los apostadores y los rezagados (y en consecuencia viciosos) empleados de comercio que llenaban aquel autobús, pero nunca el primero, ya que aquel pasaba por delante del hipódromo y además se adentraba en la ciudad.

Sin darse verdaderamente cuenta de ello, con la nariz hundida en los tebeos, sus tres hijos se apelotonaban bajo lo que habría podido ser la sombra de su madre si la luz hubiera sido la indicada, pero que en realidad no era más que la prolongación de su calor corporal y del olor que despedían los polvos de talco que se había echado.

Al llegar al metro volvieron a percibir el hálito que emanaba su punto de destino en la interminable brisa subterránea que empezó a sacudir el vestido de las niñas en cuanto bajaron los primeros peldaños de la larga y sucia escalera. (NO ESCUPIR, decía un rótulo puesto en lo alto de la pared, para corroborarles que se internaban en un reino exótico y peligroso donde cualquiera podía escupir en el momento menos pensado.) Los pasos de la madre resonaban en los largos pasillos que retumbaban a causa de los trenes que circulaban a lo lejos. En las paredes había carteles, estos no eran ni tan anchos ni tan grandes como los que decoraban las calles, pero resultaban igual de convincentes, y si no hubiera sido por las repentinas prisas de la madre, que había apretado el paso nada más bajar del autobús, se habrían demorado para leerlos

con atención, para analizar sus soberbios mensajes, las caras gigantescas, los dibujos chillones, y absorber plenamente lo que se les antojaba un vívido repertorio de naturaleza muerta.

Y a continuación los barrotes, unos barrotes carcelarios, un muro de barrotes y, lo que era más fantástico aún, una pared de puertas giratorias formada por barrotes negros de hierro. La madre introdujo otro billete por la diminuta apertura en forma de media luna de lo que por lo demás parecía una sólida caja iluminada por dentro de verde, y obtuvo, a cambio de exclamar «Cuatro, por favor», un chorreante puñado de fichas y monedas.

Cada uno recibió su propia ficha, y solo dispuso del poquísimo tiempo que tardaban en recorrer el espacio que mediaba entre la taquilla y los torniquetes, para palpar entre los dedos las tres muescas que decoraban el centro de la ficha (impresión táctil que recordarían cuando, años más tarde, dibujaran símbolos de la paz), antes de introducirla en la eternidad de la máquina y empujar con las manos, el pecho y el corazón el brazo de madera, que emitió un chasquido, cedió y les dejó pasar.

Echaron a correr mientras la madre les gritaba, corriendo a su vez: «No os separéis, no os separéis, no importa si lo perdemos», bajaron más escaleras, y a continuación, con el corazón desbocado, cruzaron las puertas metálicas del vagón, uno, dos, tres, cuatro. El

barrote blanco que había en medio del vagón les refrescó las manos y la frente. Pasada la primera sacudida cuando el tren reanudó la marcha, recuperados el aliento y el equilibrio, se pusieron a recorrer los vagones sin decir palabra. El chico, que era el mayor, iba en cabeza y abría las puertas y recibía en la cara las ráfagas de calor y ruido con una resolución y una sangre fría que habrían podido serle muy útiles en la guerra si lo hubieran llamado a filas. Le seguía la mayor de sus hermanas, que, con la respiración contenida y los brazos estirados igual que una funámbula, cruzaba el trémulo espacio que separaba los vagones, el metal móvil y granulado de la chirriante plancha de empalme, la oscilante cadena que parecía demasiado delgada para mantener unidos los vagones y para sujetarla a ella en caso de que perdiera el equilibrio.

Luego la hermana menor, con la mano levantada y entre los dedos enguantados de la madre, con los ojos muy abiertos, tanto que en ellos se reflejaban los chispazos ocasionales del acero, las luces blancas a lo largo de los túneles. Por debajo de Queens, en dirección a Brooklyn, la madre salvaba la ruidosa, negra y precaria distancia que separaba los vagones con una seguridad que le faltaba cuando recorría a pie la periferia, y solo el apretón imperioso, fuerte y bienvenido que imprimía a la mano de su hija cada vez que saltaba una chispa o los vagones sufrían un bandazo revelaba que ya no era una chica de ciudad.

En el interior de los luminosos vagones, en los asientos de mimbre amarillo o de plástico rojo, debajo de los parsimoniosos ventiladores de techo, los demás pasajeros volvían la cabeza al percatarse del ruido que entraba por la puerta abierta del extremo. Volvían la cabeza y veían primero a un chico delgado de diez o doce años, cuyo pelo moreno y corto, barbilla alta, camisa de colegio católico, piel clara y ojos grandes y negros les recordaban a los ángeles y monaguillos. Inmediatamente después iba una niña, que no era alta, pero sí flaca y cada vez más larguirucha, con una mata de pelo rojo oscuro que se le rizaba a la altura de los hombros. Una belleza, tal vez, cuando se le corrigiera la dentadura y forrara aquellos huesos con algo de carne. Por último, casi colgando del brazo de la madre, otra niña que vestía el mismo vestido blanco calado. Aquí de belleza nada, y menos aún con aquellas pecas en la carita de luna llena y los ojitos verdes, pero fue a ella a quienes sonrieron los que sonrieron, ella quien hizo que alzaran la vista y sonrieran a la madre (la puerta se cerró a sus espaldas y el ruido se cortó en seco), cuya cara les recordó no solo el mapa de Irlanda, sino también el nombre de dos o tres mujeres que conocían y que se parecían, mucho o un poco, a ella.

Los niños y la madre recorrieron el último vagón hasta la puerta que había junto al maquinista, cuya ventanilla daba directamente (como podían ver po-

niéndose las manos alrededor de los ojos) al túnel negro y largo que se extendía delante de ellos con sus vueltas y sus curvas y las ocasionales manchas luminosas de color verde, rojo y amarillo. El objeto de aquella expedición era llegar justo allí, entonces la madre se puso delante de ellos para comprobar que la puerta estaba totalmente cerrada (como el propio conductor había hecho semanas antes, gesto que ella había agradecido mucho por la amabilidad que entrañaba, pero que a su vez la había llenado de vergüenza por no haber imaginado siquiera, a pesar de la confianza con que se comportaba cada vez que cruzaba las fronteras de la ciudad, la trágica posibilidad de que la puerta se abriera de repente y la chirriante oscuridad se tragara a uno o a todos sus hijos), luego ocupó el asiento más cercano, abrió el periódico y, mientras lo leía por encima, miraba de vez en cuando hacia los oscilantes traseros de sus tres retoños que, con las manos por anteojeras y con la nariz pegada al cristal —nariz que tendrían llena de mugre cuando se dieran la vuelta—, jugaban a adivinar la orientación del túnel, que en aquellos momentos pasaba por debajo del río.

Con los pies de nuevo en el andén para hacer el transbordo, como ella decía, los niños se pusieron a girar los pomos y a tirar de las palancas de las máquinas de caramelos adosadas a cada dos vigas de acero hasta que ella le dio una moneda a cada uno para chicles: dos pastillas que se sacudían como dientes

flojos en una cajita de cartón. Cuando el tren llegó a la estación, se sentaron enseguida, pues el trayecto era demasiado corto para emprender otra expedición a la parte delantera. Los dos mayores ocuparon el asiento rojo mirando hacia delante; y ella y la hija menor, el de mimbre de cara a la puerta y cuyas fibras secas se le clavaban a la niña en las corvas. Las bocas infantiles no paraban de mascar, y por debajo de la delicada protección de sus incisivos asomaba de tarde en tarde una hilacha beige de chicle mentolado.

Se pusieron a observar a los demás pasajeros. A juzgar por lo que la experiencia les había enseñado, en el metro se citaba tal variedad de personas que no se habrían llevado ninguna sorpresa si les hubieran dicho que los usuarios no solo procedían de la calle, sino que también brotaban de los negros túneles y de entre las húmedas paredes embaldosadas, y que muchos, aunque subían en una estación y se bajaban en la siguiente, no cruzaban jamás los torniquetes para salir a la superficie y a la luz.

En cierta ocasión vieron a cuatro enanos, y a un hombre con la manga de la camisa cosida a la altura del hombro. A una mujer con la piel tan llena de manchas como la de un leopardo. También habían visto a un adulto dormido como un tronco, con la cabeza echada hacia atrás y la enorme dentadura amarilla separada de las encías por un boquete de un centímetro por lo menos. Habían visto a otro adulto vo-

mitar en una papelera (hasta entonces habían creído que solo los niños vomitaban). Habían visto a una chica, una mujer en realidad, de pechos grandes y con las piernas peludas, vestida con una especie de bata sin mangas, con calcetines cortos y zapatos de charol, sentada en el regazo de su madre, exactamente igual que cuando, llegado el caso, la menor de las niñas, calzada con zapatos idénticos, se sentaba en el regazo de la suya. («Es retrasada», había murmurado la madre cuando se bajaron, aunque la noticia no había despejado la sensación infantil de que se burlaban de ella.)

Habían visto bastones de ciego rozando sus pies, y a personas sordas que, esbozando una extraña sonrisa, les ponían sobre las rodillas cartulinas con el alfabeto de los sordomudos. Habían visto a hombres con una barba larga y a mujeres con hábito y toca, pero que no eran monjas. Habían sentido en la cabeza la caricia de ancianas desdentadas que parecían proceder de una pesadilla, mujeres que en vez de manos tenían garras, y que en vez de hablar emitían gemidos sin parar.

Mientras el tren recorría las cuatro estaciones no dejaron de observar las puertas y a los demás pasajeros con suma atención, con la nariz fruncida y trasladando el chicle de un lado a otro de la boca, y cuando vieron que la madre cogía el bolso y tiraba de los guantes, comprendieron que había llegado el momento de apoyar los pies en el suelo con firmeza, de incrustar el chicle en el rincón más seguro de la denta-

dura, de enrollar los tebeos y de prepararse para correr hacia las puertas en cuanto el tren se detuviera.

Y entonces tocaba subir, subir otro tramo de pedaños sucios en dirección a la luz tórrida y moteada de palomas del cielo estival de Brooklyn. Aunque seguían con el chicle en la boca, lo notaban ya crujiente a causa de las diminutas partículas negras (tal era el color que imaginaban) del hollín que la incesante brisa subterránea del metro les había deslizado entre los labios; y cuando, al rebasar otra esquina, la madre les alargó un pañuelo con la mano medio doblada y con la palma hacia arriba, ellos depositaron en él sin protestar los pequeños guijarros de goma insípida.

Lo primero que percibieron, a pesar del ruido, del hollín y del calor del sol, fue de naturaleza olfativa: combustible diésel, grasa culinaria, especias exóticas, alquitrán, asfalto, el olor inconsistente, sucio, metálico del tren que seguía moviéndose bajo sus pies mientras andaban y se refrescaban con el aire que se colaba por entre sus tobillos y por todas las rejas subterráneas. A continuación, los sonidos: idiomas demasiado rápidos para poseer sentido, tan rápidos que quienes los hablaban, mujeres, niños y hombres, puertorriqueños, libaneses y rusos, sudaban copiosamente a causa del esfuerzo. El tráfico, como es natural, camiones, taxis y bocinas, y en algún lugar inconcreto, pero situado en el fondo blando de todo, el rumor de los tacones maternos sobre la acera. Luego, todo cuanto sus ojos

podían identificar mientras andaban a buen paso: mujeres gordas sentadas en cajas de madera y que hablaban, sudaban, sonreían cuando ellos pasaron; un policía a caballo; un hombre con delantal empujando un carro plateado y lleno de botellas tapadas con tinas verdes, llenas de agua de color rubí, naranja o azul turquesa, empujándolo como a cámara lenta mientras el hombre despegaba los pies de las arenas movedizas de la calzada, levantaba las rodillas y volvía a hundir en el suelo los pies, uno tras otro, con los dedos por delante.

Bajaron de prisa tres peldaños de piedra y entraron detrás de la madre en una angosta caverna de suelo hundido de madera y paredes que parecían cubiertas de harina. La luz entraba en aquel sótano por dos ventanucos, y el calor —era el lugar más tórrido de cuantos habían visto en su vida— procedía del gran horno marrón que se alzaba entre ambos; pero fue nuevamente el olor lo primero que llamó la atención de los tres: el olor cálido, penetrante y rugoso de las hogazas de pan aplastado que el panadero, que conocía el nombre de la madre, que había conocido a la madre al parecer en una existencia secreta, introdujo aún calientes en una bolsa de papel marrón.

Ya en la calle, la madre partió el pan dentro de la bolsa en tres pedazos y los repartió, cálidos, harinosos, con el interior lleno de estalactitas de masa y bolsas de aire semejantes a burbujas cocidas. «Este es el pan»,

les dijo, «que comió Jesús en la última cena.» Y acabó por dar cuenta ella misma del resto de la hogaza, sin los guantes puestos, a paso más lento ahora, lo suficiente para contarles que, a fin de cuentas, estaba en su barrio y más contenta —les dejaba ir unos pasos por delante de ella— que nunca.

Al llegar a la casa, mandó al muchacho que subiera los empinados peldaños de piedra y que llamara al timbre, cosa que hizo hasta que la cara de la hermana de su madre apareció en una ventana del último piso. El visillo de encaje se movió, dos manos alargadas y blancas tantearon el marco de la ventana, a continuación los cristales, con las palmas vueltas ahora hacia el exterior, hasta que la ventana de guillotina se entreabrió los cinco centímetros necesarios para deslizar por encima del alféizar el pañuelito blanco que contenía la llave. Los niños se esforzaron por seguir la trayectoria que hacía el pañuelo al caer por delante de los tres pisos y la planta baja, y corrieron (el muchacho había regresado a zancadas de la puerta y del timbre) para ver quién era el primero que lo cogía en el jardín o en las escaleras del sótano, o entre los cubos de basura y los cochecitos de niño cubiertos con viejas cortinas de ducha y tablas de madera.

Llave en mano, volvían a subir la escalera, abrían las puertas dobles de cristal enmarcado en madera recia, cruzaban el zaguán embaldosado donde flotaba el mismo olor frío y pétreo que en las iglesias, y se

internaban en el oscuro pasillo, de tonos pardos por todas partes a causa de los reflejos del suelo de madera oscura y de la escalera, y que olía a estofado de ternera y a cebollas hervidas. No obstante, allí hacía más fresco que en el último tramo de la mañana que habían dejado tras de sí en la acera. Subieron por la escalera detrás de la madre, siguiendo su ejemplo sin decirse lo, manteniendo sus manos desnudas a cinco centímetros del ancho y oxidado pasamanos de la barandilla, tal como hacía ella pero con los guantes puestos. Un tramo, después el estrecho rellano limitado por una puerta muda en cada extremo; otro tramo, los zapatos de la madre resonando en cada escalón, y la tibia luz amarillenta que se filtraba por la blanca claraboya translúcida en forma de losange. Luego venía un rellano igual al anterior (voces detrás de la puerta más alejada, otra vez aquellas rápidas e incomprensibles sílabas que entrechocaban con una vehemencia que asustaba); otro tramo de escalones, la luz que se intensificaba hasta que se extendía como una mano inmaterial sobre la suave cabeza de los niños. En el tercer piso, iluminado por la luz neblinosa y mortecina, no había más que una puerta en el centro del rellano, que estaba a rebosar de cajas de cartón y bolsas de papel. Cajas llenas de zapatos, de adornos navideños, de trozos de tela, de bolsas con revistas, de sombreros antiguos, un confuso montón de chucherías y cachivaches (así los llamaba la madre al menos)

que siempre despertaba la imaginación de los niños y les hacía fantasear con el inverosímil día de lluvia en que la tímida solicitud de registrar las cajas recibiera una respuesta más amable que la horrorizada consternación de la madre o de las tías.

La puerta vibraba y crujía de tal modo que los niños pensaron inmediatamente que allí había algo misterioso y que tenía vida propia. Se oyó el arañazo de la cadena de seguridad, los cerrojos emitieron un murmullo metálico, la cerradura produjo un chasquido, y por último gruñeron los goznes.

La cara que apareció entre la puerta y el marco era más delgada que la de su madre, motivo por el que no guardaba, para ellos, ninguna semejanza con la suya; a pesar de que tanto los ojos azul celeste, como la piel blanca y aquella boca pequeña que, al igual que la de la madre, se esforzaba por no sonreír eran idénticas.

—Vaya por Dios —exclamó Tía May como si no estuviera esperándoles—. ¡Si sois vosotros! —Olía a monja, en realidad había sido monja, y aunque llevaba un vestido entallado como el de la madre (de estampados más oscuros, rosas pequeñas de color rosa sobre fondo azul marino), se lo sujetó como una monja cuando se inclinó para darles un beso: con el dorso de una mano en el pecho como para evitar que el crucifijo les diese en la cabeza, y con la otra mano en la falda como si, al igual que las monjas, llevara toca,

mangas anchas, pectoral, esclavina y falda larga susceptibles de obstaculizar el acercamiento.

Los niños la besaron mecánicamente, de la misma forma que se limpiaban los pies en el felpudo de la puerta o se arrodillaban en la iglesia, y se alegraron, siempre se sorprendían y se alegraban a la vez, de oírla reír tras besarlos a todos, de oírla reír, batir palmas y estremecerse, aunque solo fuera un segundo, por el placer que sentía, por el placer que ella experimentaba al verlos y del que ellos eran conscientes.

Aunque la madre efectuaba aquellas visitas para concretar su propio destino, para solucionar en cada ocasión su infelicidad o su incertidumbre, también es verdad que la habían oído decir al padre, mientras este los llevaba a casa en el coche (pues la incertidumbre, aquel día por lo menos, había dado paso a la certeza una vez más): «Voy tanto por May como por Mamá».

Conocedores de la costumbre, los niños cruzaron la estrecha sala de estar, recorrieron un estrecho pasillo que después de los túneles del metro les pareció fresco y asombrosamente estable, accedieron, como si se tratara de otro vagón de metro, al comedor, donde en el centro descollaba la romántica, impresionante y barnizadísima mesa de ocho sillas de aspecto majestuoso, y allí, en el extremo de la sala, ante una ventana que daba a la parte trasera de una serie de edificios idénticos y a una sucesión de sábanas inmaculadamente blancas que se secaban al sol, en un sillón cómodo

y grande que, aunque tapizado de felpa, conseguía sobreponerse incluso a la autoridad de los sillones de brazos macizos y del ancho espejo central del aparador, estaba Mamá.

Hasta los niños, cuya idea de la belleza comportaba rizos y coletas, flequillos y almidonados vestidos de color rosa y plata, admitían que era hermosa. Tenía la cara blanca, el pelo blanco y sedoso, tan hinchado e imponente como una nube, y unos ojos tan negros que no parecían hechos de nada que tuviera que ver con ninguno de los conocidos elementos que formaban la carne y los huesos, los labios y la piel. Al verlos, sus ojos no se inmutaron, solo la boca sonrió. Le besaron por turno la mejilla blanda y fría; y cuando la madre, al besarla, le dio la bolsa de pan de pita con tanto apocamiento, los niños olvidaron en el acto la confianza que había manifestado al entrar en la panadería, al saludar al panadero por su nombre y al pedir el pan más tierno que tuviera; la misma con que había troceado el pan dentro de la bolsa y les había dicho al repartirlo: «Este es el pan que comió Jesús».

Tía May apareció de repente por detrás de ellos.

—Voy a hacer unos bocadillos con el pan, ahora que todavía está caliente.

Conocedores de la costumbre, los niños la siguieron hasta la estrecha cocina y la observaron sin decir palabra mientras sacaba la mantequilla y el jamón del

frigorífico junto con una botella grande de Coca-Cola. Llenó tres vasos y se los puso delante, sobre la mesa blanca de metal, con sumo cuidado para no hacer ruido, con los ojos fijos en la puerta mientras volvía a tapar la botella suavemente y advirtiéndoles, cuando la ocasión lo exigía, con el dedo en los labios, que hicieran lo mismo.

Los niños comprendieron y saborearon el refresco en consecuencia, pues no era a la madre de ellos a quien ella temía.

Del comedor les llegó la voz de su madre, enfrasada ya en sus lamentaciones. Solo entendieron que se referían a la complicada y caótica felicidad de sus padres, y que el día sería largo. Se pusieron a comer los bocadillos untados con mantequilla en el comedor, sobre un mantel de lino, mientras Tía May, que no les quitaba ojo, hablaba del tiempo y de las noticias de actualidad.

Cuando les dieron permiso, cogieron los tebeos de la mesa de café de la sala de estar, recorrieron otro pasillo angosto (en aquel, los ratones habían perforado la madera y abierto un agujero en un rincón, y había una cómoda estrecha, cubierta por un paño grande de algodón estampado), entraron en el luminoso dormitorio que daba a la calle, y el chico y la mayor de las muchachas ocuparon los asientos que había al pie de las dos ventanas, una de las cuales seguía con la abertura de varios centímetros por la que Tía May les ha-

bía echado la llave. La hermana menor se sentó durante unos momentos ante los tres espejos del tocador, tratando de medir la distancia que había entre ella y la menor y más lejana de las figuras infantiles, femeninas y morenas que reflejaban.

La madre, en el interior de la casa, se había puesto a hablar con el tono sofocado y contrariado que solo empleaba allí. La menor de sus hijas, y con ella sus infinitos reflejos, se levantó de la silla, se acercó a la puerta que había junto a la mesilla de noche, pegó el oído a la madera, se dirigió a la cama de matrimonio (la hermana la observaba con atención) y, sin quitarse los zapatos, se tumbó sobre la colcha de seda.

Tía May dijo no sé qué y la madre replicó:

—Yo no digo que la vida haya de ser de color rosa.

En una foto que había en el tocador que se alzaba a los pies de la cama vio a su madre de pie, en la escalera de piedra por la que habían subido hacía apenas una hora. Mamá y Tía May (monja a la sazón) la flanqueaban por un lado, Tía Agnes y Tía Veronica por el otro. Iba con el vestido de novia, con un velo muy largo, cuello de puntilla blanca y un ramo de tantas flores blancas que apenas le cabían en el antebrazo. A través de la pared detrás de su cabeza le pareció oír que Tía Veronica se movía en su pequeño cuarto, un cuarto que la niña solo había visto en un par de ocasiones a pesar de las muchas horas que ha-

bía pasado en aquella casa, un cuarto, según recordaba, con las paredes forradas de tela, el suelo cubierto de cojines, una luz suave que se reflejaba en el tocador lleno de joyas, una cama con colcha, un sillón cubierto con una funda, el olor a perfume y la punzada del olor a alcohol de una noche estrellada. Aguzó el oído, pero pensó que aquellos ruidos habían sido imaginaciones suyas, fruto de sus expectativas, pues si el día seguía su curso, Tía Veronica tenía que aparecer en algún momento.

Su hermano y su hermana miraban la calle a través de las ventanas, la puerta oscurecida de la tienda de dulces y revistas a la que Tía May podría llevarles, el vacío patio de recreo de otra escuela de enseñanza primaria que cerraba en verano y donde podrían correr, hacer canastas imaginarias, saltar por los cuadrados de jugar a la rayuela, que despedían reflejos cegadores bajo el sol de la ciudad. Al otro lado de la verja trasera de la escuela había otra fila de establecimientos, sin rótulos distintivos, unos talleres normales y corrientes donde, según les habían dicho en alguna ocasión, se hacían colchones, puntillas para vestidos de señora, pajaritas de caballero, folletos parroquiales.

Una vez pasaron allí una hora entera mirando cómo subían balas de no sé qué, de papel o de algodón, una tras otra, tirándolas con las dos manos desde la calle hasta la ventana de un segundo piso. Y en otra

ocasión, con la barbilla hundida en el pecho y la frente pegada al cristal, habían observado a un hombre que andaba haciendo eses como si tuviera las piernas de goma y que en plena luz del día fue a cruzar la calle, desde la acera que tenían debajo hasta la de enfrente, dio un salto y cayó entre los guardabarros de dos automóviles, se incorporó al cabo del rato, asomó los ojos por encima del antebrazo y del portaequipajes del coche delantero como quien aparece por el borde de una piscina, se puso en pie y siguió andando con paso ondulante.

Pero aquel día no tuvieron suerte, y tras un buen rato de observación volvieron a concentrarse en los tebeos que tenían en las rodillas.

—¿Y quién piensa en mí? —decía la madre en el comedor. La respuesta de Tía May fue en un tono demasiado apagado para que la entendieran—. Un poco de felicidad —continuó la madre. Y segundos después—: No lo sé. Un poco de paz antes de morir. No lo sé.

No lo sabía. Eso fue lo que los niños entendieron acerca de la insatisfacción de su madre, pero puede que nada más. La madre no sabía decir el origen ni los motivos de su insatisfacción, y aunque la llevaba a Brooklyn dos veces por semana durante todo el verano y la desplegaba en la mesa del comedor, delante de todos, como las piezas misteriosas de un reloj roto, no sabía qué era lo que quería que hicieran por ella.